

# Neoliberalismo y educación<sup>1</sup>

---

*JOSÉ L. ROZALÉN MEDINA\**

## PRESENTACIÓN

Quiero expresarles, ante todo, mi agradecimiento por su invitación y por la posibilidad de convivir y dialogar con ustedes durante estos días en torno a un tema tan apasionante y urgente como es la educación: del enfoque y de las soluciones que vayamos dando a la educación, depende el futuro de Europa, el futuro de la Humanidad a las puertas del siglo XXI.

Acudo aquí con la seguridad de que voy a aprender muchas cosas entre ustedes, con la certeza, que dimana de la experiencia de muchos años, de que por más que hayamos dedicado nuestra vida a estos menesteres, por más que hayamos pensado y repensado en distintos momentos y foros (y volvamos a pensar) sobre cuál es la esencia, la clave, los métodos, los objetivos educativos..., nunca llegaremos al fondo de la cuestión, porque el problema de la educación es como un pozo sin fondo, inagotable, profundo, cambiante, sugeridor de continuas reflexiones.

Mi vida profesional ha estado dedicada por completo a la educación: Catedrático de Filosofía, Profesor de Antropología en una Escuela de Magisterio, Profesor Asociado de Didáctica de la Filosofía, en la Universidad Autónoma de Madrid, para licenciados que iban a ser luego profesores de

---

\*Catedrático y doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

<sup>1</sup>Conferencia pronunciada ante la Comisión Europea Lasaliana de Educación, en Dos Hermanas (Sevilla), el 29 de noviembre de 2003.

Filosofía... Todo ello me ha dado una visión bastante amplia y variada del espectro educativo (SEPMI, hispanismos, revistas, libros, periódicos, charlas, conferencias, seminarios en centros de profesores, universidades...). He sido profesor en la enseñanza pública y privada, por lo que tengo elementos de juicio y de contraste. Puedo decirles que, mil veces que naciera, volvería a ser maestro, porque creo que no hay labor, oficio más noble y digno que la educación (estoy casado con una maestra de Primaria de un colegio privado, por lo que el intercambio de ideas es continuo; también hemos intentado educar a nuestros tres hijos...).

Observo que el proyecto de esta Comisión Lasaliana es muy interesante y ambicioso: «La emergencia de Europa (la integración de los países)», que se va a desarrollar en diferentes fases de 2002 a 2006. Este año el tema central es «El ambiente en el que crecen nuestros jóvenes. El proyecto neoliberal, neocapitalista y su influencia en la educación», si bien hay que decir que todos los elementos y pilares que sustentan el proyecto educativo están inter-relacionados, y hablar de uno es hablar de los demás: padres, alumnos, profesores, administración, sociedad, medios de comunicación son los fundamentos bien trabados de toda educación, ninguno puede fallar, y de todos ellos depende el futuro de la acción educativa.

Intentaremos explorar la realidad que nos rodea (en qué mundo vivimos) y sus repercusiones en el mundo de la educación. ¿Qué tipo de ser humano se está intentando conseguir? ¿Cómo responden nuestros jóvenes a este ambiente? ¿Qué debemos hacer nosotros, educadores, en estas circunstancias? ¿Qué valores debemos conseguir? ¿Cuál es la misión de Europa en estos momentos, en el dintel de un nuevo milenio? Como vemos, los problemas son muy amplios y complejos, pero a través del Encuentro de estos días alguna luz podremos hacer, alguna esperanza podremos albergar, a alguna conclusión podremos llegar.

## I. EL SISTEMA NEO-LIBERAL Y SUS MANIFESTACIONES EN NUESTRO MUNDO

### CARACTERÍSTICAS DEFINITORIAS DEL NEOLIBERALISMO

- El neo-liberalismo se ha impuesto por doquier, está en boga en los países del primer mundo, pretende presentarse como único sistema válido para dirigir la convivencia humana, habla de libertad y de autonomía, pero siempre que éstas estén sujetas a la ley de la oferta y la demanda. Se busca la libertad, pero sin atender demasiado a la fundamental igualdad de todos los seres humanos, en cuanto que éstos deban tener lo básico y esencial para poder vivir con dignidad, por lo que muchas veces en esta sociedad sin alma, sin espíritu, «el pez gordo acaba comiéndose al chico».
- El neo-liberalismo (denominado neo-capitalismo en el campo de la Economía) intenta privatizar todo (proceso económico, educación, comunicaciones...) con el consiguiente desamparo de los más débiles y la acentuación de las diferencias sociales. Va desapareciendo el Estado del Bienestar, aquel que se preocupa de los más necesitados, y se les olvida a nuestros políticos el planteamiento socrático y platónico de que «toda política debe ser ética», y que «son los mejores (*aristoi*) los que deben dirigir la barca del Estado; se les olvida la doctrina del Bien Común, ya defendida y desarrollada por Tomás de Aquino nada menos que en el siglo XIII.
- Hay, pues, en el neo-liberalismo una primacía de lo individual sobre lo colectivo. Por supuesto que nadie duda de que la libertad, la autonomía, la igualdad, la fraternidad, principios y proclamas ya cantados por la Revolución Francesa, sean ideales muy dignos y positivos, pero lo que ocurre es que, en la práctica, *nunca se han tomado demasiado en serio.*

- Para el neo-liberalismo, la calidad es sólo la inserción laboral, gestión, producción, éxito material y crematístico, y le importa muy poco la plenitud, el desarrollo y la felicidad de la persona humana. Hoy día, en los países desarrollados, se ha democratizado el consumo, de tal forma que la clase trabajadora, considerada hasta mediados del siglo xx como elemento de producción, ha pasado a ser considerada hoy como consumidora.
- Se produce un enorme vacío de valores éticos y religiosos. Los valores vitales, científicos, estéticos... interesan sólo en cuanto que favorecen e intensifican los valores pragmáticos, utilitarios y hedonistas.
- La tecnología (más que la ciencia, que también se aborda qué es la Realidad...), el uso y consumo («use y tire»), el disfrute sin control, aupado por los mensajes publicitarios y propagandísticos, nos han convertido en hombres y mujeres, más que *sapiens*, *fáber*, *ludens*, simplemente en *homo consumens*, casi unos *pitencántropus televisivus*, con la imaginación y la mente planas, y la capacidad de reacción atrofiada ante tanto mensaje absurdo.
- Podemos ver que se está imponiendo por todas parte un relativismo moral galopante, que muchas veces desemboca en un total escepticismo, y que significa la cara más vacía y triste de la postmodernidad. Epoca descafeinada, del pensamiento débil, en la que «todo vale», porque «nada vale». En aras del pluralismo y la tolerancia, que son valores dignos, nos estamos yendo a una permisividad total y destructiva (qué más da, tú dices A, yo digo B) con una total ridiculización y desprecio a los valores éticos universales (recordad las palabras del gran escritor José Jiménez Lozano en *Los esclavos encantados*, avisando de que el páramo espiritual y moral que estamos viviendo en estos momentos le recuerda el periodo de entreguerras, que originó monstruos como Hitler o Stalin... Puede volver a suceder). En efecto, nadie duda de que todos, como personas, tenemos derecho a que se nos respete, pero hay personas que, por sus actos (no es igual matar que dar la vida, amar que odiar) son más

dignas que otras. Precisamente de eso trata la educación: de ir forjando día a día el orbe de la dignidad moral, de los Derechos Humanos que nos elevan y perfeccionan.

- En esta época ha resurgido el capitalismo con una fuerza inusitada, con una concepción mercantilista de la vida. Se da una globalización económica como pensamiento único, políticamente correcto, indiscutible, pero no se lucha por una globalización ética que intente conseguir por ese Gigantesco Proyecto Ético, ese marco universal aceptado por toda la Humanidad, en el que todos los pueblos y gentes de la Tierra, sea cual sea su sexo, origen y condición, puedan vivir en paz y en dignidad, esa dignidad que dimana del ser más profundo de la *persona humana*.
- Observamos que, con mucha frecuencia, en las relaciones humanas se da una permanente desconfianza, una excesiva competitividad, una enorme agresividad, un ataque desleal y subterráneo para hundir a los posibles rivales en el trabajo, en la empresa, en los proyectos. El Hombre deja de ser un amigo para pasar a ser un cliente, un contribuyente, un consumidor. Todos conocemos el llamado *moobing*, «persecución psicológica» en el trabajo, en la empresa, el «ninguneo», las críticas, el olvido, que están provocando verdaderas enfermedades físicas y psíquicas, depresiones fortísimas que acaban con la resistencia moral de cualquiera. Es el *homo hómini lupus*, de Hobbes, es el «tiburón» que da tarascadas a diestro y siniestro, es el «poderoso» que pone la bota en el cuello del pobrecillo hasta que lo aniquila.
- Flota en el ambiente como un deseo permanente y urgente de consumir, de gastar, de obtener el placer instantáneo, sin límites (puro hedonismo, no epicureísmo), el deseo de tener más que de ser, de ponernos las máscaras para deslumbrar, para aparentar más de lo que realmente somos. Se trata de «tener el infinito en mis manos» (¡Dios y el hermano quedan tan lejos!). «Todo lo que técnicamente se puede hacer es bueno, deseable y necesario. Hagámoslo, aunque sea éticamente rechazable».

- Y en esta situación, como el neo-liberalismo no sólo es un modelo de producción, sino un estilo de vida, que configura a su vez un estilo de ser hombre y mujer es por lo que incide de lleno en el mundo de la Educación. El neo-liberalismo, escribe Luis Enrique Hernández González (revista *Acontecimiento*, n. 1, 69), «puede llegar a cegarnos ante la injusticia, ante las cifras escandalosas de pobreza y marginación que crea este modelo social, puede llegar a convencernos, por su enorme implantación, de que no hay otro modelo de relaciones humanas, y esto es radicalmente falso».

La postmodernidad (no la ultramodernidad: edad del triunfo de la inteligencia ética, de la que luego hablaremos), como escribe Luis Aranguren (*Acontecimiento*, n. 1, 69, 2003), es hija de la economía globalizada y de la cultura del fragmento y nos tiende serias trampas:

- A. **La trampa del éxito profesional.** Movilidad constante, debilidad de vínculos relacionales, imposibilidad de proyectos duraderos. Flexibilidad es el nombre de marras: «Estate siempre abierto al cambio. O te mueves, o estás muerto».
- B. **La trampa del éxito emocional** que promociona el «vale mientras dura», que propicia la ruptura constante de parejas, de amistades, de compromisos serios, de relaciones personales. Todo se esfuma, nada vale definitivamente, por lo que no hay que confiar en nadie.
- C. **La trampa del relativismo moral** (del que ya hemos hablado). Se absolutiza lo banal (Hotel Glam, llegada de Beckham, impresentables y analfabetos varios pululando por las televisiones) y se rebaja lo importante. ¿A quién le interesan los avances científicos, o lo que ha dicho el Papa en una Encíclica, o el libro de un gran pensador...?
- D. **La trampa del éxito de la civilización occidental.** El 11 de septiembre ha dado un aldabonazo definitivo a nuestras conciencias, sobre todo a la conciencia norteamericana: Hay que abrirse al mundo entero, inter-relacionarse con todos los pueblos, no imponer nuestras formas de entender la vida, y pensar que hay no-occidentales con los que hay que dialogar.

Naturalmente que estamos en contra de todo tipo de terrorismo, naturalmente que defendemos el respeto de todos los pueblos a los Derechos Universales, que todos nos hemos dado y que representan los valores racionales y éticos más nobles y elevados, pero no se puede ir por la vida de «sheriff» prepotente. Esperamos que no lleve razón el filósofo catalán Eugenio Trías cuando escribe que «al cansancio de Occidente le sigue el estado terminal de Occidente».

## EL NEO-LIBERALISMO ECONÓMICO O CAPITALISMO

La ambigüedad política y económica del término *liberalismo*, que ha sido siempre interpretado de forma distinta desde perspectivas conservadoras o progresistas, afecta también al término *neo-liberalismo*, que en economía se denomina *neo-capitalismo*.

A partir de la década de los 70, este término designa también a la corriente ultraconservadora de la escuela monetarista de Chicago, nucleada en torno a Milton Friedman (obras: *Teoría de los precios*, *Libertad para elegir*, *Política monetaria de Estados Unidos y Gran Bretaña...*).

Así pues, al neo-capitalismo lo podríamos definir como la «etapa actual de la evolución del sistema capitalista en los países más avanzados».

Esta fase económica neo-capitalista se distingue de las anteriores por las siguientes características:

1. Por la aceleración del progreso tecnológico, que exige constantes aumentos de inversión y una mayor participación del capital fijo en el proceso productivo, al mismo tiempo que se produce un acortamiento del periodo de renovación de dicho capital.  
Se introducen factores extra-económicos, incentivados por la publicidad y el consumismo de una sociedad hedonista, que hacen que el proceso

innovador sea ininterrumpido, cosa que no ocurría en las etapas anteriores.

2. Otra característica es la consolidación de las grandes empresas monopolísticas, casi siempre de tipo multinacional, pues sólo ellas pueden hacer frente a la cuantía de las inversiones y a la gran disponibilidad de recursos exigida por el progreso tecnológico. Tales empresas se distinguen, además, por el desplazamiento de su control de las manos de los propietarios legales a las de los cuadros directivos, aunque éstos sean en muchas ocasiones el núcleo principal de la clase que ostenta la propiedad de la empresa.
3. Una tercera característica del neo-capitalismo es la intervención cada vez mayor del Estado en la vida económica, protegiendo en algunos países los intereses de las grandes empresas, intentando coordinar los planes de las diversas industrias, y participando como una empresa más en sectores estratégicos o sectores regresivos que no atraen la iniciativa privada.

Ya en el siglo XVIII, Adam Smith, en su obra *La riqueza de las naciones*, pone los cimientos teóricos del liberalismo. En ella afirma que «el mercado debe ser libre y competitivo. El mercado se define por la conjunción de la oferta y la demanda... Nadie se propone, por lo general, promover el interés público..., sólo piensa en su ganancia propia, pero es conducido como por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones..., al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios».

Vemos, pues, que A. Smith consideraba el trabajo, el comercio, libre de toda prohibición y freno, la competencia continua, como principios fundamentales del liberalismo.

Rasgos definitorios del neo-capitalismo son:

1. La apertura incontrolada de mercados.
2. La libre circulación del capital.

3. La eliminación de normas reguladoras para los capitales extranjeros y multinacionales.
4. Lucha prioritaria contra la inflación.
5. La privatización de empresas estatales, y de las instituciones que ofrecen servicios sociales (salud, educación, sistemas de jubilación, vivienda...).
6. Flexibilidad en el plano laboral (despidos, reducción de plantilla, prejubilaciones, sueldos bajos, olvido de los pobres. Quiero ofrecerles algunos testimonios de esta situación de injusticia (lean el informe de la revista *Autogestión*; los datos de Lafuente y Müller en su libro *No hay que tener miedo a la globalización. Bienestar y trabajo para todos*; las declaraciones del Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, Gustavo Gutiérrez; el artículo «Sexo, codicia y mentiras en el neocapitalismo americano»...).

## **RADIOGRAFÍA DEL SIGLO XX. A CABALLO ENTRE DOS SIGLOS. ENTRE LA OSCURIDAD Y LA ESPERANZA**

El siglo xx ha sido un siglo abigarrado, complejo, duro, contradictorio, sangrante..., pero también esperanzador. Ha sido época de confrontaciones bélicas arrasadoras (la angustia nuclear de la bomba atómica fue la apoteosis del horror), de cadenas interminables de injusticias, de conflictos permanentes, de masacres civiles y militares, de odios tribales desatados, de nuevos racismos, de acumulación de hambre, de miseria y dolor en los pueblos más atrasados, de indignas bolsas de marginación y olvido..., pero también de claras expectativas y de conquistas consolidadas.

El filósofo italiano Norberto Bobbio, una de las mentes más preclaras del siglo xx, en unas declaraciones recientes, afirma con cierto amargo pesimismo que «el final de nuestro siglo, un siglo en cuya primera mitad hemos vivido tanta violencia, guerra y destrucción, indica desde el final de la «guerra

fría» un nuevo giro hacia la violencia, y no sólo en conflictos internacionales, sino en múltiples pequeños conflictos... Aunque hoy día tenemos el apoyo de las ciencias para comprender el sistema solar y las galaxias; aunque hemos asimilado miles, millones de hechos de los que los antiguos no tenían conocimiento, sin embargo, el mundo se nos revela cada vez más incomprendible, menos transparente, más inquietante. Cuanto más sabemos, más conscientes somos de nuestra ignorancia y de nuestro desamparo».

El diagnóstico, como vemos, no es nada halagüeño. Sin embargo, observando ahora en sus vertientes más positivas y esperanzadas al siglo que se nos está escapando, podemos decir que el siglo xx ha sido también el siglo de las comunicaciones, de la investigación y el progreso, el que ha eliminado las distancias, los muros, las barreras entre países y ha hecho posible el impresionante y esperanzador avance científico-tecnológico en campos tan diversos como la genética, la física teórica, la ecología, la antropología, la microbiología..., logros todos ellos que, correctamente empleados, pueden abrir a la Humanidad una nueva aurora cuajada de luz.

Estamos de acuerdo con el editorial del diario *El País* (26-12-1999) cuando afirma que durante el siglo xx la Humanidad ha doblado de 3.000 a 6.000 millones el número de sus pobladores, ha extendido la información haciéndola instantánea, ha potenciado la educación, la sanidad, y ha transformado, sobre todo, las relaciones sociales.

Ha sido el siglo xx el que ha transformado radicalmente las formas sociales de producción y «ha preparado la realidad para el cambio más crucial del ser humano: La autoaceptación de que somos la especie que sólo lograremos nuestro bienestar y progreso en estrecha cooperación con la Naturaleza y con los demás seres del mundo». Y esto sí que ha sido una gran conquista. El siglo que se nos está yendo, apunta M. A. Bastenier, tras la Segunda Guerra Mundial, la difusión de la televisión, de la prensa, y de la radio, como grandes medios de comunicación instantánea de masas, «ha hecho posible la idea de un solo mundo en diálogo constante consigo mismo, posibilidad

que en los últimos años del siglo, con el vértigo que da la capacidad de multi-conexión de Internet, llega a una total plenitud, ya que, por primera vez en la historia, todos lo pueden saber todo sobre todo y, encima, en tiempo real». Esto es radicalmente nuevo y desafiante.

Naturalmente, sabemos, también, que esta «interconexión mundial» presenta otros peligros y carencias, a las que habrá que hacer frente. Todo es dialéctico, todo presenta siempre una doble cara jánica y contradictoria, toda la realidad se baña siempre entre dos mares: uno, claro y transparente, y otro, negro y proceloso. Nos importa a todos los seres humanos hacer la luz en estas cuestiones esenciales para seguir el camino adecuado y desechar el rumbo negativo y estéril. Ése es nuestro insoslayable destino: encontrar entre todos la senda de la racionalidad y de la solidaridad, y olvidarnos definitivamente de la oscura ruta de la irracionalidad y de la cerrazón mental.

### **¿QUÉ OBSERVAMOS A NUESTRO ALREDEDOR?**

En esta relación que el siglo xx nos ha dejado de su «debe» y su «haber», nos encontramos con la clara evidencia, la sensación indudable de que una gran parte del mundo, la más rica, la más privilegiada, se está comportando inicua y de forma injusta, con los desheredados de la Tierra, con los que menos tienen, al olvidar los gravísimos problemas que los atenazan, los trituran y humillan física y moralmente, bien a causa de la escasez y miseria de su producto nacional bruto, bien debido a su bajísimo nivel de alfabetización y estudios, bien por una falta absoluta de atención sanitaria, bien por un retraso que es ya atávico, bien, en suma, por una pobreza integral que arrastran ancestralmente, en la que se acumulan todas las heridas de la historia.

Sin embargo, al menos (ya sé que no es mucho) somos conscientes de la situación, nos damos cuenta de lo que ocurre, nos asombramos, nos

extrañamos (no olvidemos que en la «extrañeza» está el origen de la sabiduría), aunque, lamentablemente, no seamos capaces de ponernos manos a la obra para enmendar tanto error y tanto horror. Es urgente que después de tomar conciencia de la situación, pasemos todos a la acción, para poder crear así un nuevo estilo vital que a todos nos redima.

En definitiva, a pesar de tanta negrura, de tanta decadencia y miseria, no cabe duda de que en el atrio del nuevo siglo, conocemos más que nunca nuestra flagrante injusticia para con los demás, aunque, luego, por egoísmo, incapacidad u olvido, los problemas sigan ahí, lacerantes; creemos, pues, que se está abriendo, al menos, una espita a la esperanza, que se está encendiendo una débil llama de confianza en la transformación definitiva de la sociedad humana, en la armónica humanización de todos los pueblos del planeta.

En una sociedad en la que han muerto las ideologías, en la que los planteamientos filosóficos esenciales son machaconamente menospreciados y olvidados, en la que los mensajes éticos y religiosos han sido muchas veces frivolidados y ridiculizados, observamos que el hombre del siglo XXI se encuentra dramáticamente solo, agobiado, desorientado, en crisis permanente de valores, a merced del inmenso poder de los medios de comunicación que «crean» a su antojo una falsa, mediocre, plana, realidad, a la que manipulan torpemente, desvirtúan, frivolidan, haciéndonos creer a todos que es única y definitiva, al tiempo que adormecen y «matan» nuestros más nobles sentimientos y deseos de luchar por mejorarla.

Sin embargo, y por contra, en ningún otro periodo histórico ha tenido el ser humano más posibilidades de emprender nuevos caminos, de optar por más alternativas originales, de conocer más estilos de vida, de contrastar dialogadamente ideas y opiniones, de enriquecerse con más culturas y talentos vitales que en nuestra época.

A la pura globalización económica, al dominio casi exhaustivo de un neo-capitalismo sin alma que está separando cada día más y más a «los

radicalmente pobres» de «los injustamente ricos», es necesario que los hombres y mujeres del siglo XXI busquemos como metas deseables: la comprensión, la tolerancia, el mestizaje, la colaboración solidaria de todos los pueblos del mundo, exigiéndonos, eso sí, como tope que no puede ser atropellado, el respeto absoluto a los Derechos Humanos Universales, el acatamiento a aquellas normas racionales que son el fruto más granado y perfecto de la historia de la Humanidad, el fundamento inteligente y cálido de nuestro hermanamiento cósmico.

En esta dirección más luminosa y optimista podemos situar al profesor Ramón Tamames, quien en distintos artículos y conferencias ha repetido muchas veces que «aunque no estamos aún en la edad de la razón, sin embargo, sí estamos en la frontera de una nueva época, en la que, con un poco menos de egoísmo, cualquier cosa es posible». ¡Ojalá lleve razón el profesor español y, efectivamente, estemos a las puertas de un cambio definitivo, que, a buen seguro, se producirá cuando a las altas cotas de progreso tecnológico conquistadas en el siglo XX se equiparen los niveles de conciencia moral, política y social que todo pueblo, todo ser humano debe buscar!

De igual forma, en esta línea de optimismo moderado y racional, el profesor Samuel Huntington, de la Universidad de Harvard, abrió no hace mucho tiempo un interesante debate intelectual con motivo de la aparición de su libro *El fin de la Historia*, en el que late también el tibio anhelo de confianza. A lo largo de su obra, defiende Huntington la tesis de que la fuente primordial de conflictos en el mundo del siglo XXI no serán los enfrentamientos ideológicos ni económicos, sino los culturales; el mundo se está haciendo cada vez más pequeño y las interacciones entre las diversas civilizaciones y culturas van aumentando. Occidente, en la cumbre de su poder, debe atender a los «no-Occidentales», que cada vez tienen más deseos, voluntad y recursos para dar forma al mundo de manera no-occidental. «A pesar de todo, concluye el antropólogo americano, las diferencias no entrañan necesariamente conflicto, ni los conflictos suponen, fatalmente, violencia». Hay pues que mantener la esperanza, si es que sabemos convivir y sumar,

no destruir o disolver; si es que queremos progresar, no volver a las cavernas más tenebrosas y simiescas.

Por todo lo cual, por todo lo que llevamos dicho, deberíamos armonizar de cara al futuro milenio lo mejor de todas las ciencias, de todas las filosofías, de todas las religiones, de todas las culturas, quedándonos con aquello que nos une y no con lo que nos separa y enfrenta. Estamos de acuerdo con César Vidal cuando en las conclusiones de su interesante libro *Los textos que cambiaron la historia* intenta mostrar que todas las grandes obras del pensamiento universal, aquellas en las que el espíritu y la fuerza creadora brillan a enorme altura: *Evangelio, Talmud, Corán, Enciclopedia, Declaración de los Derechos Humanos...*, nos muestran una clara prospectiva de fe en el ser humano y nos permiten alimentar la creencia en que el género humano no está formado sólo por animales confinados en un planeta que gira en torno a una estrella de segunda magnitud. Por el contrario, «el hombre constituye una especie que pugna no sólo por tener sino también por ser, no sólo por hacer sino también por permanecer, no sólo por comprenderse sino también por comprender, no sólo por enfrentarse al presente sino también por forjar su futuro, no sólo por sobrevivir sino también por vivir e incluso por lograr que esa vida no se limite a la que concluye en la muerte física».

## LA LUCHA POR LA UTOPIA RACIONAL

A pesar de que en el frontispicio del siglo XXI detectamos con preocupación creciente hechos, actitudes y mensajes que nos inquietan sincera y profundamente, hay que lanzarse a la travesía del proceloso océano, hacia la conquista de un nuevo mundo, hacia la realización de esa utopía racional (no ilusoria, ni vana, ni opresora, ni violenta, ni autoritaria) que transformará las relaciones humanas. Hay que pertrecharse de una bien construida «embarcación ética», buenos reinos, amplios horizontes, quillas afiladas que

partan en dos las oscuras aguas de la indiferencia, de la irracionalidad, de la fealdad moral.

A pesar de que los tambores de la guerra, la violencia, el fundamentalismo, la sangre y el odio vengativo, la miseria humana en todas sus facetas siguen redoblando por la ancha y dolorida espalda de Europa (a la que tanto le queda aún por hacer) y por los inmensos campos de dolor y angustia del mundo entero con sus desasosegantes sonidos de muerte; a pesar de que cada día van desapareciendo civilizaciones y tradiciones olvidadas, desintegradas y masacradas, en una carrera loca de «suicidio cultural cósmico», hay que salir a la mar cada mañana, a remar con fuerza sin escuchar los embaucadores cantos de sirena de los instalados, de los comodones, de los pusilánimes, de los que dejándose llevar, inermes, por las olas del fatal y cómodo determinismo piensan que «no hay nada que hacer».

A pesar de que un frío e implacable distanciamiento va tiñendo poco a poco los contactos humanos en pura mascarada, de que multitud de vidas anónimas se entrecruzan y se ignoran en las grandes urbes; a pesar de que el hombre actual, en muchas ocasiones, suele mostrarse frívolo, inmaduro, sin vida interior, «descafeinado», hedonista, permisivo, consumista, sin nada serio en lo que creer y por lo que luchar, fácilmente manipulable por la publicidad y los medios de comunicación social; a pesar de la ración de «bazofia televisiva» que cada día se consume, aunque esa «porquería intelectual, moral y estética» vaya disfrazada de «sesudo estudio sociológico»..., a pesar de todo eso, hay que seguir remando hacia el horizonte sin límites.

A pesar de que observemos cómo los viejos «se mueren en un rincón», abandonados y tristes, sin que sepamos valorar su vida, su experiencia, su amor incandescente; a pesar de que los niños de todas las latitudes son mutilados, violados, asesinados, ennegreciendo así para siempre las dulces miradas de sus ojos transparentes, la luz más clara e inocente de la faz de la Tierra; a pesar de que «el hombre masa» impone su ley por doquier con un

estilo zafio y poco exigente; a pesar de que pululan por todas partes miles y miles de marginados, de enfermos despreciados, de emigrantes desorientados, de pobres de todos los pelajes y categorías; a pesar de que más de un tercio de la Humanidad, por el solo hecho de nacer en un determinado lugar no va a superar los cuarenta años de vida..., a pesar de tantas cosas, *es preciso forjar y sembrar utopías que nos ayuden a cambiar la historia.*

Si lo consiguiésemos, cuando las barcas se pierdan en el horizonte y vuelvan, después, rebosantes sus redes de una pesca luminosa, me gustaría estar allí y tener la voz tersa del poeta, para, apoyado en los acantilados de la ribera, poder cantar con el corazón restallante:

«Quisiera tener esta tarde unos ojos más  
claros para posarlos serenos en la lejanía.  
Debe ser tan hermoso decir:  
Creo en las cosas que existen  
y en otras que acaso no existan,  
en todas las cosas que pueden salvarme,  
aunque ignore su nombre;  
conozco la fruta que da la alegría».

## **HACIA UN NUEVO HUMANISMO: LA RESPONSABILIDAD DE EUROPA**

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo estamos a la intemperie, en el centro mismo de una gran encrucijada. Los europeos de hoy, con una patria común por hacer, asentados en una Europa, «la de las amplias y bellas perspectivas» (eso significa etimológicamente «Europa»), que se mueve entre el euro y los ideales humanistas y rectores que vienen de lejos, que se debate entre la xenofobia y la solidaridad, entre el egoísmo del primer mundo y la apertura y la ayuda a los que sufren, estamos buscando nuestro destino definitivo, nuestro puesto señero en la construcción de un mundo nuevo.

Europa no puede aceptar ser un mero nombre vacío de contenido, sino que debe aspirar a ser una patria común; no puede identificarse con una bella, pero hueca, palabra, sino que debe simbolizar orgullosamente el largo caminar de la razón hacia la conquista de la libertad y la dignidad, el ejemplo inmarcesible en el que se miran todos los pueblos del globo. Eso debe ser Europa, ése debe ser su camino.

Europa debe ser imaginada, pergeñada, construida por los europeos en meditación permanente y solidaria. Somos los que somos por referencia a los demás, por lo que hemos de evitar la desmembración y el aislamiento. El «logos» griego, en fructífera dialéctica con la «virtus» romana, la «cáritas» cristiana, la «humánitas» renacentista, la «racionálitis» ilustrada, la «vida impregnada de razón» en Ortega..., han ido tejiendo nuestro más genuino entramado histórico, y no podemos renunciar a ninguna de nuestras raíces.

Al profesor Edgar Morin, en una conferencia en que abordaba el tema «Pensar Europa», le escuchamos decir que «tanto el futuro de Europa como el futuro del mundo están por hacer... Europa, como todo lo que es libre, vivo y personal, no está definitivamente constituida... Europa debe hacerse para, con su fuerza moral, ayudar a hacer el mundo». Europa, en sus terribles guerras y enfrentamientos crueles en muchos momentos de su historia, parece que ha renegado de sí misma, olvidándose de sus raíces, de su vocación integradora y dinamizadora. Y, sin embargo, hay que volver a pensar Europa, para que Europa vuelva a pensar el mundo; debe ésta reencontrar su misión en la historia, para evitar la destrucción moral del orbe entero.

También en este tema Ortega y Gasset da en la diana, cuando, auscultando el alma europea, afirma: «Esta es la situación en que hoy se halla la existencia europea. El sistema de valores que disciplinaba su actividad ha perdido evidencia, fuerza, atracción, vigor imperativo. El hombre de Occidente padece una radical desorientación porque no sabe hacia qué estrellas mirar».

Estas palabras, escritas por Ortega en su tiempo, conservan hoy día plena vigencia. Europa y el resto de los pueblos del planeta se necesitan mutuamente, para encontrar el camino común que nos salve a todos. Ya ha ocurrido en varias ocasiones: Grecia, Roma, el Cristianismo, el Renacimiento, la Ilustración..., han sido grandes momentos históricos, grandes impulsos de racionalidad, libertad y creatividad que removieron los cimientos del mundo y transformaron la faz de la tierra. ¿Hacia dónde se dirigirá el espíritu de Europa en este comienzo de siglo? Con toda seguridad, su fuerza creadora insuflará sobre el mundo un nuevo humanismo, científico, democrático, integrador, respetuoso, tolerante, solidario, mestizo..., que recogerá, apoyará y perfeccionará lo mejor de cada cultura, de cada pueblo, de cada país. Estamos seguros de que, si Europa no mantiene ese carácter de «motor espiritual del mundo», ningún otro país, aunque tenga muchos dólares y un enorme poder militar, sabrá hacerlo.

Hay que recordar que el empuje europeo estuvo siempre basado en la racionalidad, aquella que supo armonizar el desarrollo de las ciencias y las técnicas con la asimilación del bagaje cultural de otros pueblos y civilizaciones. Ésa es la alta misión que nosotros asignamos a Europa: la de intentar construir un mundo nuevo, más racional y justo, en sintonía y en hermandad con los demás continentes del mundo. Ése es el destino de Europa: lanzarse a una gran empresa unitiva. «Los europeos no saben vivir si no van lanzados en una gran empresa unitiva. Cuando ésta falta, se envilecen, se aflojan, se les descoyunta el alma... Sólo la gran decisión de construir una gran nación con el grupo de pueblos continentales» (y universales, añadiríamos nosotros, en la perspectiva del siglo XXI), «volvería a entonar la pulsación de Europa. Volvería ésta a creer en sí misma y automáticamente a exigirse mucho, a disciplinarse».

Sin embargo, aunque Europa debe llevar la batuta, ninguna cultura aislada puede aceptarse como la definitiva o la mejor para todos. Todas las civilizaciones presentan sus conquistas y sus servidumbres, sus virtudes y sus irracionalidades. Tenemos que reconocer que existen en todos los pueblos

y sociedades la infelicidad, la degradación, la miseria, la increíble brutalidad, la crueldad y el desperdicio humano, realidades oscuras que todos ellos pretenden ignorar, mientras insisten en ampulosas proclamas éticas que quedan en nada, en pura retórica. Hay que ser, por tanto, humildes, y reconocer que sólo hay una senda de entendimiento: el respeto absoluto, real y efectivo, a los Derechos Humanos.

Todos necesitamos de todos. «Ya nadie puede reclamar tener las manos limpias sin presentar ante los demás un proyecto moral que merezca la pena. Todos tienen que volver los ojos a la historia, preguntar por la verdad, acogerse a ella mediante la búsqueda científica, el sentido moral, la abertura religiosa... Éste es el momento por el que pasa Europa y al que debe ser fiel», nos dice Olegario González de Cardedal. Cada cultura, cada hombre, cada pueblo debe aportar algo de fraternidad y comprensión a esa nueva realidad llamada Tierra. Para superar la crisis hay que llevar a cabo una verdadera y global revolución de valores, esa que tanto se cacarea, pero que nunca se realiza. Una revolución en la que estén ausentes las relaciones de dominación, de imposición de nuestra forma de ser y pensar, de desprecio a otros planteamientos vitales, una revolución de emancipación y no de dictadura: Y ahí, de nuevo, debe estar Europa dando ejemplo, marcando líneas de pensamiento y acción.

Ésa es la clave: la armonía en la diversidad, el respeto en las diferencias, la ayuda en las limitaciones, el esfuerzo solidario y compartido. Los pueblos no deben ser murallas, ni espadas, ni escudos, ni látigos, ni misiles, ni minas destructivas, sino manos tendidas, alimentos compartidos, lágrimas enjugadas, pesares susurrados, heridas curadas, alegrías abrazadas. Ahí tenemos que llegar en el siglo XXI: ¡Ése es el gigantesco reto educativo de Europa!

## II. EL NEOLIBERALISMO COMO IDEOLOGÍA Y SUS IMPLICACIONES EN EDUCACIÓN

### INTRODUCCIÓN

Escribe Milton Friedman, en su obra *La tiranía del statu quo*, que «es bastante deseable que todos los jóvenes tengan tanta instrucción como puedan asimilar, siempre que estén dispuestos a pagar por ella...».

Dice Friedrich Hayek, en su obra *Los fundamentos de la libertad* [su libro *Caminos de servidumbre* (1944) se considera el texto de origen de este neoliberalismo educativo], que «no pasará mucho tiempo para que las personas se den cuenta de que la solución está en despojar a la autoridad pública de sus poderes en el ámbito de la educación».

Hoy día, desde el punto de vista de la escuela, el concepto clave de este neoliberalismo es el del financiamiento basado en la demanda. Es decir, la educación se considera como un producto más del mercado. Hay mercado cuando existe la conjunción entre oferta y demanda: un producto vale no por sí mismo, sino por la demanda que tiene. Por tanto, hay que incentivar una demanda adecuada. Los padres deben recibir una información adecuada para poder elegir las mejores escuelas para sus hijos. Y las elegirán a partir de la calidad ofrecida.

A tal efecto, le corresponde al Estado medir la calidad de sus centros y brindar a los padres la mejor información. Entonces, las escuelas de mejor calidad serán las más demandadas, y, a mayor demanda, mayor cantidad de alumnos, y, a mayor cantidad de alumnos, mayores subsidios para las escuelas y mejores remuneraciones para los docentes.

Ahora bien, todo esto *puede ser una falacia*, porque *¿qué significa calidad en la enseñanza?*

- Para el neoliberalismo significa la entronización teórica de los usuarios y clientes por encima del valor en sí de la educación.
- La libre elección de los padres es una gran falacia utilizada por el discurso neo-liberal, puesto que de hecho no es así, porque no hay suficiente ni objetiva información, porque las familias dependen de su situación social, cultural y económica, porque la distancia o proximidad a los centros es lo que va a hacer que, de hecho, los hijos tengan que ir a una escuela u otra.
- El neoliberalismo educativo, como ideología que oculta unos intereses concretos, transfiere la educación al azar del campo del mercado, al juego del éxito o fracaso individual, olvidándose que son la familia, la sociedad, el Estado, el ámbito político y público... los que deben velar por la profundidad y seriedad del proceso educativo y marcar sus pautas y objetivos. Mercantiliza radicalmente las funciones y los valores.
- Se invierte en los centros docentes, en los profesores y en los estudiantes, haciéndoles responsables de su destino académico y social, de su triunfo o fracaso, en competencia con otros centros, profesores y estudiantes. Se invierte para reducir gastos y mejorar la eficacia.
- Selecciona a «los mejores», a los más brillantes, y relega a «los fracasados» al lugar que merecen, a aquel que ellos mismos se han buscado.
- Cada cual tendrá lo que se merezca, con arreglo a los criterios que, en cada momento, fije ese ente anónimo y todo poderoso que es el mercado. Competir es la ley y no importa si, con esa actitud, se incrementan las desigualdades sociales y culturales de donde se parte, o si se genera un clima social insolidario. El mercado es dios y sus resultados no sólo serán eficaces sino también justos.

- La enseñanza pública es ineficaz y costosa, por lo que debe reducirse al mínimo, como subsidiaria de la privada (subvencionada), e incorporar en su gestión y financiación los principios de la libre competencia. La escuela pública es para el neoliberalismo una forma más, en competencia con otras, de satisfacer la libertad de opción y demandas de la familia.
- El pensamiento neo-liberal olvida que la escuela pública tiene unos valores propios e inexcusables, unas señas de identidad características, al servicio de todos los ciudadanos, tengan o no medios económicos, sean de la clase social que sean (valores que también pueden hacer suyos las escuelas privadas que lo deseen), que consisten fundamentalmente (véase artículo de Peces Barba en *El País*) en formar ciudadanos completos, en todas las facetas de la llamada inteligencia ética (desarrollo de su cuerpo, de su mente, de su voluntad, de su sensibilidad, de sus sentimientos...), suprema creación de la evolución humana.

Pero nosotros necesitamos unas escuelas públicas (y privadas concertadas que se adhieran a este magnífico proyecto) que sean abiertas, plurales, neutrales, interdisciplinarias, bien gestionadas, de calidad, con un excelente profesorado, garantía segura de educación para todos, como proyecto compensatorio de las desigualdades sociales y culturales, con alumnos respetuosos, motivados, con ganas de aprender a pensar, a actuar, a sentir, a ser personas, con padres implicados en la tarea de educar a sus hijos, en donde se respeten las creencias religiosas y las ideas filosóficas, unas escuelas que enseñen a sus alumnos a participar en la vida social, cultural y política como ciudadanos críticos...

## **ESCUELAS PÚBLICAS Y ESCUELAS PRIVADAS CONCERTADAS: LOS MISMOS PLANTEAMIENTOS ÉTICOS**

Nosotros necesitamos unas escuelas públicas (y privadas concertadas que estén de acuerdo con estos objetivos) que enseñen a respetar las diferencias

de sexo, raza, origen, clase social; que enseñan a luchar por la conquista de los Derechos Humanos, a esforzarse por la eliminación de las lacras sociales, por la integración de los inmigrantes, de los más desfavorecidos, de los que más apoyo necesitan; que trabajen por la forja de un mundo mucho más justo, racional y feliz, de donde desaparezca con celeridad la pobreza, la violencia, las guerras, el dolor, las injusticias de todo tipo que manchan la faz de la Tierra.

La escuela pública «vive del presupuesto y está sujeta a la legislación que emana de los poderes públicos en todo lo que hace referencia a selección de profesores y alumnos, organización y funcionamiento y financiación. Su calificación de costosa e ineficaz no tiene en cuenta las funciones que cumple como servicio público y las condiciones en que muchas veces se desenvuelve. La solución neo-liberal, ante esa situación, ya hemos visto cuál es, transferir las obligaciones públicas al ámbito particular y mercantilista» (Antonio Viñao Frago, en Internet).

La escuela pública tiene unas señas de identidad, unos valores que debe cumplir (junto con otras escuelas privadas que se adhieran a este gran proyecto social): garantizar a todos los ciudadanos una enseñanza de calidad. Para ello hay que exigir y exigirse. Exigir a los poderes públicos (recursos, medios, apoyos, reconocimiento), a los profesores (entrega, ejemplaridad, autoridad moral, preparación científica, métodos, conocimientos didácticos y psicológicos), a los padres (colaboración, apoyo constante al centro, a los profesores y a sus hijos), a los alumnos (exigencia, rigor, estudio, voluntad, respeto, constancia...), en definitiva, exigir y exigirse como padres, profesores, alumnos, Administración, sociedad, para construir entre todos unos centros públicos en los que se conviva y se trabaje en la forja de ciudadanos completos, educados en el respeto a una gran ética universal; unos centros en donde se forjen personas que sepan dirigir con sustantividad y sentido su propia vida personal y social.

## EDUCAR: EL GRAN DESAFÍO. HACIA LA ESCUELA DEL SIGLO XXI

Me gusta la original versión o glosa que del profeta Isaías (Salmo 40, 1-7) acabo de leer: «Mirad a mi amigo el educador, sobre el que he puesto mi espíritu para que sea como una luz que brilla en medio de la larga noche por donde fueron dispersados tantos niños y jóvenes...».

Me gusta cuando dice: «No irá por ahí el educador proclamando que todo está perdido y que los chicos y chicas de hoy no tienen solución..., sino que promoverá a un mismo tiempo exigencia y comprensión, aguantará esfuerzos y fatigas para hacer clarear un nuevo amanecer, en el que los jóvenes descubran motivos para crecer confiando en un futuro mejor...».

Me gusta escuchar y pensar estas palabras esperanzadas: «El educador mirará con atención y amor el fondo de los corazones de los jóvenes e inventará mil cosas nuevas para devolverles las ganas de vivir y de seguir adelante en busca de la construcción de su propia personalidad...».

Por contra, me preocupa profundamente lo que acabo de leer, también hace unos días, en el libro de la profesora Bárbara Pastor: *¿Qué pasa en la Escuela? Crónica de un desastre*, en el que cuenta hechos tan lamentables como éstos:

- *Buenos días, puta* –así saluda el alumno a su profesora un lunes por la mañana. La profesora no hace caso de lo que ha oído. No porque le dé igual, sino porque de nada sirve que le importe.
- *Además de puta, sorda* –contesta el alumno, fastidiado al ver que su insulto no ha sido tal, sino simplemente una más de las gracias que hacen hoy los alumnos en clase.

Y ya en clase de Historia, otro alumno interviene «inteligentemente» diciendo: «*La democracia que tenemos en España es d'abuti, tío, porque*

*puedo ver el canal de televisión que me sale de la entrepierna»*, mientras el profesor está intentando explicar los fundamentos de la democracia griega en tiempos de Pericles...

«Y así van las cosas, señores», comenta la autora del libro en cuestión. «La profesora se hace la sorda para evitar un enfrentamiento ante un saludo “tan atractivo”, y el chico está encantado de vivir en un país democrático porque le permite ver la televisión a todas horas...». ¡Pues qué bien!, decimos nosotros, es decir, ¡qué rematadamente mal! ¡Qué perspectivas!

Es urgente, pues, renovar nuestra escuela, superar definitivamente esa galopante «ignorancia ilustrada» de que habla con ironía F. Umbral (*El Mundo*, 2002), «en la que la gente aprueba fácil, saca los cursos sin dejar el botellón..., con unos chicos y chicas que no pegan un sello, y que han ido pasando por los mecanismos docentes y universitarios como las botellas de coca cola por la correa transmisora...».

Pero, *¿es ésta toda la escuela que tenemos?* Debemos contestar rápidamente a esta pregunta fundamental, para evitar pesimismo prematuro: *no, felizmente no. no es ésta toda la escuela que tenemos.* Hay otra escuela ilusionada, alumnos respetuosos, deseosos de aprender y de formarse, padres que educan y colaboran, maestros y profesores entregados desde hace muchos años a la exigente y bella misión de informar y formar, de sembrar día a día la semilla de la ciencia y de los valores en el alma de sus discípulos.

Ahí estamos muchos. Ahí queremos permanecer. La sociedad y nuestra propia dignidad así nos lo exigen. La escuela, hoy más que nunca, en el atrio de un siglo inquietante, ofrece perspectivas de luz y de sombras. En esta encrucijada de cambios y reformas es preciso que reflexionemos todos sobre la esencia de la educación, sobre cuál es el tipo de persona que queremos forjar.

## ¡HEROICO MAESTRO! EN EL SURCO DE CADA DÍA

«No hay educación», escribe F. Savater en *El valor de educar*, «si no hay verdad que transmitir, si todo es más o menos verdad, si cada cual tiene su verdad más o menos respetable y no se puede decidir racionalmente entre tanta diversidad».

Estamos de acuerdo. Hay que superar el relativismo sin compromisos e infecundo que tan fácilmente arraiga en la mente adolescente, y defender dialógicamente, razonadamente, que no todo es igual, que no es lo mismo ser un tirano que ser un demócrata, ser solidario que ser un egoísta, construir que arrasar... Y todo eso hay que enseñarlo, tiene que haber alguien que se atreva a decirlo en medio de una sociedad tan débil, tan ágrafa, tan acomodaticia, tan hedonizada y autista. Y ese alguien es el maestro, el profesor, el educador.

Porque el niño, el adolescente, el joven, necesitan confirmarse a sí mismos, y están pidiendo a gritos «modelos de excelencia», ideales de vida, prototipos ejemplares que imitar. En muchas ocasiones, y como bien sabemos, la familia, tristemente y por diversos problemas, ha claudicado y ha dejado de ser ese «ejemplo referencial» imprescindible para los hijos. Éstos, sin rumbo, corren el peligro de seguir entonces al más pillo, al más hábil, al más embaucador, al más brillante, al más inmoral, e ir a la deriva.

Porque la construcción de sí mismo, la conquista de su libertad personal no se les da hecha a nuestros hijos y alumnos, sino que es obra lenta y duradera (en definitiva, es obra de toda una vida) para que puedan ir asumiendo racionalmente los motivos propuestos y no impuestos en una constante mejora de sí mismo, en una búsqueda sin tregua de la perfección. El «oficio de educar» (con toda la carga de amor que lleva la palabra «oficio»), la misión de ayudar a esa construcción personal es la propia y genuina del maestro.

Giner de los Ríos y su discípulo Manuel B. Cossío decían siempre que la calidad intelectual, estética y ética de una país se mide por su Enseñanza Primaria y Secundaria, porque ellas son las que dan el tono general a una nación (sólo una mínima parte de ciudadanos irá después a la Universidad), por lo que a estos niveles educativos deberían ir los mejores maestros, los más doctos profesores, los mejor preparados, los de más clara vocación. La Universidad (aún tienen pleno vigor las palabras de los institucionalistas), además de preparar para una profesión o conseguir un título (que es lo que hace casi siempre), debería también seguir preparando al educando para la vida, desarrollando al universitario en todas sus facetas y potencialidades de forma equilibrada, para que éste sea capaz de dirigir con sentido y sustantividad su propia existencia.

Ésa es la alta función (muchas veces heroica, o por lo menos desconocida) del verdadero educador, en todos sus niveles y categorías: cumplir la noble e ineludible tarea de forjar personas armónicamente desarrolladas en toda su riqueza, profundidad y complejidad, a pesar de que, en muchas ocasiones, una pléyade de leguleyos, sofistas, cuentistas, y «cantamañanas» varios, que no conocen la realidad de la escuela porque nunca han estado en el aula «a pie de pizarra» dejándose allí su voz y su corazón, ordenan, dictaminan, prohíben, pontifican, y muchas veces desalientan, y confunden al verdadero maestro, Quijote utópico, el cual, solo ante el peligro, a pesar de todo, realiza calladamente su «faena» en el aula, procurando ser ejemplar en su conducta y en sus palabras.

Me gusta leer las entrañables palabras que Josefina Aldecoa, en su libro *Historias de una maestra*, pone en labios de una maestra (evocación de su madre) al recordar su primera escuela, en un pueblo perdido y pobre, allá por los primeros años del siglo, cansada de la brega diaria: «No puede existir dedicación más hermosa que ésta. Compartir con los niños lo que yo sabía, despertar en ellos el deseo de averiguar por su cuenta las causas de los fenómenos, las razones de los hechos históricos. Ése era el milagro de la profesión que estaba empezando a vivir y que me mantenía contenta a pesar

de la nieve y de la cocina oscura, a pesar de lo poco que aparentemente me daban y lo mucho que yo tenía que dar... Tenía que pasar mucho tiempo hasta que me diera cuenta de que lo que me daban los niños valía mucho más que todo lo que ellos recibían de mí».

Me gustan, también, los consejos que Karen Katafiasz da a los educadores, porque, en ellos, expresa la autora cuál debe ser la verdadera misión de los maestros: «Sé consciente de que no sólo estás enseñando una asignatura. Estás abriendo mentes y corazones, estás modelando vidas... Entusiámate por tus alumnos, por aprender y por vivir, y transmíteles ese entusiasmo. Tanto ellos como tú os enriqueceréis enormemente...

Escucha y respeta los sueños de tus alumnos. Y anímalos a alcanzar otros todavía mayores... Los niños necesitan unas pautas de comportamiento, unas reglas adecuadas que les ayuden a aprender y a madurar: proporciónales tú esas normas firmes, justas y coherentes... Si quieres que tus alumnos sean responsables, sé tú responsable con ellos. Cumple con tus compromisos, mantén tus promesas... Y en los días difíciles, cuando la moral está por los suelos, recuerda los motivos que te impulsaron a ser profesor, a ser maestro...».

Después, esta profesora, nacida en Toledo (Ohio), habla de que el maestro debe infundir confianza a sus alumnos para que éstos se den cuenta de que son importantes, de que, con sus actitudes y obras, pueden ayudar a cambiar el mundo; le aconseja al profesor que debe desarrollar el sentido del humor como instrumento didáctico, procurando no humillar a nadie; les recuerda que los alumnos necesitan un ambiente acogedor donde puedan sentirse seguros y respetados, por lo que hay que hacer del aula un hogar, un lugar cálido donde puedan expresarse y ser ellos mismos; recuerda al maestro que debe aceptar a todos sus alumnos por sí mismos, cada uno con su talento con sus cualidades y defectos, y, aunque no siempre pueda admitir su comportamiento, sí debe querer siempre su ser más profundo, su persona, su existencia.

En muchas ocasiones se ha intentado objetivar la vocación educativa del maestro como si fuera la transmisión aséptica de saberes, técnicas y hábitos que preparan al niño o al joven para un futuro técnico o profesional, es decir, para saber hacer o fabricar algo, para ocupar un puesto o ganar un sueldo. «Todo esto», nos dirá Olegario González Cardedal, «es necesario y sagrado, pero sólo en la medida en que nace de algo mucho más sagrado y profundo...». Lo más importante, lo esencial en la labor del maestro es sentir esa emoción profunda (que no se puede explicar al que no lo ha sentido nunca) que se produce en el alma del educador, cuando, merced a su entrega y trabajo diarios, a su ilusión y dedicación sin límites, a su noble espíritu esperanzado, puede contemplar cada curso, cada mes, cada semana, cada día, cada momento, el brillo agradecido de los ojos de sus alumnos, al descubrir una verdad intelectual, un valor moral, una sensación estética; entonces el educador se da cuenta de que la semilla boleada con generosidad ha caído en buena tierra y está empezando a germinar.

Lo diremos con palabras de Gabriel Celaya: «Educar es lo mismo / que poner un motor a una barca. / Hay que medir, pesar, equilibrar... / y poner todo en marcha. / Pero para eso / uno tiene que llevar en el alma / un poco de marino, / un poco de pirata, / un poco de poeta, / y un kilo y medio de paciencia concentrada. / Pero es consolador soñar, / mientras uno trabaja, / que ese barco –ese niño– / irá muy lejos por el agua. / Soñar que ese navío / llevará nuestra carga de palabras / hacia puertos distantes, / hasta islas lejanas. / Soñar que cuando un día / esté durmiendo nuestra propia barca, / en barcos nuevos / seguirá nuestra bandera enarbolada».

Educar es, decía Platón, «dar al cuerpo y al alma de los educandos toda la belleza y perfección que éstos son capaces de recibir», para que se adentren así en el bosque de la vida; es regar el aún tierno árbol de su libertad que está empezando a crecer, para que se haga árbol fecundo; es decirles que, a pesar de lo que ven a su alrededor en un mundo materialista y mezquino, hay gente en cualquier rincón de la Tierra que sigue creyendo en la alegría, en el trabajo, en el respeto, en las ganas de vivir, e intenta descubrir cada

amanecer horizontes nuevos; educar es hacerles ver con el ejemplo diario que son dichosos aquellos hombres y mujeres, en palabras de González de Cardedal, que «tienen el valor de soñar, y sobre todo son dichosos aquellos que pagan el duro precio que cuestan los sueños, y luchan para que se hagan realidad en la vida de los hombres».

En el surco de cada día, el maestro en su laboreo noble y generoso enseña a la gente a ser un poco más solidaria, un poco más responsable, un poco más libre, un poco más humana, un poco más feliz... Lo dice certeramente el profesor Carlos Díaz en el prólogo a su libro *A pie de Escuela*: «El maestro debe mitigar con el rigor del amor lo que la exigencia del esfuerzo y el rendimiento para el éxito a veces no logra».

El maestro bajará a la caverna platónica de nuestro tiempo, y allí, con paciencia y pasión, intentará disipar las tinieblas con el fuego de su palabra y de su ejemplo, iluminando el recinto y ayudando a subir, plenos de luz y sabiduría, hasta la boca de la cueva a cada uno de sus discípulos, cada uno con su alma distinta y peculiar, con su fulgor diferente. El maestro, investido de una autoridad intelectual y moral que será directamente proporcional a su capacidad para acompañar al discípulo en su camino ascendente, eleva a éste desde el nivel en donde está situado hasta el infinito...

«Educar», como bien sabemos, significa «conducir», llevar al discípulo hacia su propia perfección, ayudarle a que libremente saque del fondo de su ser todo lo que allí dormía latente. Y en ese camino de perfección, sigue diciéndonos Carlos Díaz en el libro citado, «no debe ponerse nervioso el maestro, ni venirse abajo porque el fruto del trabajo no sea rápido, ya que la primera cosecha está en el hecho mismo de la siembra». Es el maestro el que con su autoridad moral y su prestigio intelectual ayuda a imaginar, a pensar, a decidir, a crecer en todas las dimensiones, que eso significa etimológicamente «maestro» (del latín «magis» = más, «magister» = el que es más y ayuda a serlo).

La construcción de sí mismo, la conquista de nuestra libertad personal no se nos da hecha, sino que es obra lenta y duradera (en definitiva, es obra de toda una vida), para ir asumiendo racionalmente, libremente, los ideales o metas propuestos, y no impuestos, en una constante mejora de nosotros mismos, en una búsqueda sin tregua de la perfección. El «oficio de educar» (con toda la carga de amor y laboreo que lleva la palabra «oficio»), la tarea de ayudar a crecer en esa construcción personal es la propia y genuina del maestro.

El maestro ha de saber mantener con decisión, y al mismo tiempo con humildad, su método, su estilo para *hacer crecer* en todas sus dimensiones a sus alumnos, pero sin imposiciones: no ha de manipularlos aprovechándose de su situación ventajosa, sino que debe respetar siempre su propio proceso evolutivo y actuar en todo momento con disciplina, constancia y rigor, pero sin olvidar jamás que su acción educadora debe estar impregnada de un afecto sincero hacia quien está en sus manos y que espera de él nada menos que le enseñe a vivir.

## **EL MAESTRO Y LA SOCIEDAD EN LA QUE VIVE**

Ahora bien, se está produciendo hoy en muchos ambientes una lamentable escisión entre escuela y sociedad, un cierto desencuentro, que está originando en buena parte del profesorado un cierto desconcierto, un cierto cansancio que genera estrés, desmoralización y ansiedad, al no saber cómo actuar, cómo preparar para la vida a sus discípulos, inmersos todos en una sociedad que, en muchas ocasiones, menosprecia los valores intelectuales, morales, estéticos... que la escuela transmite; sumergidos en una sociedad que proclama y defiende unos antivalores de carácter puramente materialista, positivista, neo-capitalista, muy lejanos (en muchas ocasiones antagónicos) de los que el maestro enseña y proclama.

El profesorado se siente en muchas ocasiones solo y desorientado, produciéndose lo que se ha dado en llamar «el malestar docente». La escasez

de recursos, la precariedad de medios, las condiciones laborales, la falta de justa promoción profesional, la sobrecarga de funciones, la permisividad en las aulas, la incomprensión de muchos padres que sólo buscan que sus hijos aprueben sin más exigencias, el poco apoyo de la dirección e inspección en los casos de clara indisciplina, el nominalismo estéril de las leyes y normativas, la promoción automática de alumnos que no deberían pasar de curso en una suerte de demagógico progresismo que hunde aún más a esos alumnos, el analfabetismo galopante alimentado por los «excrementos televisivos», la sociedad de consumo que impone su ley, el poco prestigio social de la imagen del educador porque ya hay otros «modelos» de éxito social mucho más arrebataadores y «triunfadores»... todo eso hace que el maestro se sienta, a veces, un poco perdido, un poco desolado, un poco apagado.

Naturalmente, de ese estado de confusión hay que intentar salir, y, de hecho, una gran mayoría de los profesores lo supera y siguen en su fértil labor diaria con decisión y empuje. Pero esta situación social está ahí y supone un constante desafío. Lo que ocurre es que el maestro se da cuenta (y esto lo llena de fuerza y ánimo) de que parte de su semilla cae también en buena tierra, se entierra en el hondón del alma de muchos de sus alumnos, da el ciento por uno, y contribuye, al germinar y multiplicarse, a la mejora material y espiritual de la sociedad en la que vive y a la que educa.

El profesor Gómez Llorente, en su conferencia «El valor de la profesión docente», ante esta situación, aboga para que los educadores lleven a cabo en la sociedad en la que viven su genuina misión, es decir, para que escapen valientemente de esa hegemonía mercantilista y consumista y se conviertan en «disidentes convencidos, activos, estudiosos, en una constante labor de grupo», para que se liberen de esa sociedad opresora, de esas familias cuyo oscuro objeto de deseo es sencillamente el éxito social, la exaltación seductora del poder, de la riqueza, de la fama... Los profesores, explica Gómez Llorente, «deben convertirse en nuestros tiempos en un «auténtico factor de reequilibrio social y moral», y mostrarse *inconformistas* ante lo

que están viendo, «si lo que están viendo va contra la razón, contra la libertad, contra la creación de un mundo más bello, justo y solidario».

En su libro *Mi don Francisco*, cita J. Pijoan unas palabras de Giner que hablan precisamente de esa *permanente inconformidad* que todos, y especialmente los maestros, debemos tener con aquello que sea inmoral y zafio en la sociedad en que vivimos: «Sean ustedes imposibles para todo lo vulgar, común, anticuado. Imposibles para todo lo muerto o prostituido. Sean ustedes los glóbulos rojos del organismo social. Y no únicamente en las Cortes, sino en sus casas, en la calle; sean como un fermento activo, casi misterioso... Nuestro objetivo en el mundo no es gobernar mejor ni ser mejor gobernados, sino simplemente ser mejores. ¡Cada día mejores! Todo lo demás se nos dará por añadidura».

En realidad, desde la «paideia» griega el problema de la educación ha sido siempre un problema de cómo y en qué valores educar. Siempre tendremos que educar en la «no-indiferencia» hacia los valores, en la «no-indiferencia» hacia la dignidad humana. Como hemos dicho anteriormente, no se trata de imponer dogmáticamente unos valores, sino de buscar entre todos esos valores universales que son aquellos verdaderos logros de la civilización humanizadora, a los que no se puede renunciar sin caer en la barbarie y en la destrucción, perspectivas siempre abiertas, perfectibles, que nadie tiene derecho a cerrar definitivamente.

Precisamente son estos valores universales los que el maestro debe transmitir sin complejos a la sociedad de su tiempo a través de la actividad de la escuela, dando ejemplo diario de honestidad en su quehacer profesional y personal, fomentando la capacidad crítica y el diálogo, valorando el pluralismo social e ideológico pero sin descartar la infatigable y constante búsqueda de la verdad «con los demás», desarrollando la responsabilidad de cada uno de sus alumnos, invitando a padres y madres, a distintas organizaciones y asociaciones a participar en debates y charlas sobre los problemas más candentes que nuestra sociedad tiene planteados, realizando

trabajos de investigación en torno a estos temas, tanto por parte de los alumnos, como de los profesores, organizando «mesas redondas», seminarios, conferencias, contactos con gentes de otras culturas, de otras creencias, para entre todos, empleando estrategias y métodos adecuados, de forma transversal e interdisciplinar, conseguir la fundamentación de esos *valores éticos universales* que, una vez asumidos, transformarán la sociedad en la que el maestro vive.

Me parecen muy acertadas las ideas expuestas por Fernando Savater, cuando afirma que «el aprecio y la consideración social de los maestros son el indicador del desarrollo humanista de una sociedad». Se da en España, dice el ensayista, una clara paradoja entre la «dignidad moral del maestro» (que poca gente pone en duda), y la minusvaloración real del papel social que a éste se le concede: es decir, se le exige mucho (debe hacerlo todo), pero, en realidad, se le valora y se le corresponde con poco. Y en medio de esa situación de cierta perplejidad, el maestro debe abrir sendas, marcar pautas y tomar decisiones no siempre fáciles.

No cabe duda de que «la educación es el más humano y humanizado de todos los empeños», pero el problema es que hoy el maestro, el educador, se pregunta muchas veces, ante lo que la sociedad está demandando, qué camino será el más idóneo para seguir adelante, qué ruta la más necesaria y urgente para llegar a buen puerto en el proceloso mar del nuevo milenio. La crisis actual de la educación proviene precisamente de que no están claros esos caminos, esas rutas. La sociedad, en muchas ocasiones, defiende unos valores, y los maestros hablan de otros. ¿Qué decidir? ¿Por dónde ir? ¿Qué hacer?

Son éstos los interrogantes esenciales que hemos de intentar resolver todos los que nos dedicamos a educar, si queremos avanzar con cierta coherencia, y pertenecen de lleno a la filosofía de la educación (es la educación el tema más importante de filosofía, puesto que, en definitiva, todos los problemas filosóficos son problemas de educación). Son estas preguntas, sin duda

alguna, de un gran calado y encierran dilemas difíciles de solucionar: ¿En qué debemos educar, en la autonomía personal, que nos hará libres y felices, aunque tengamos complicaciones y persecuciones, o en el acatamiento social sin límites críticos de los estilos de vida y pensamiento imperantes, que, seguramente, nos convertirá en «borregos satisfechos»?

¿Para qué debemos educar, para conseguir «tiburones» sin conciencia moral que avasallan y «ponen la bota» en el cuello de los que trabajan con ellos, para conseguir tipos agresivos, duros, regidos por la fría competencia y productividad económica, que son capaces de someter a sus subordinados al llamado «acoso psicológico» sin ningún tipo de escrúpulos, que arrasan sin darse cuenta de que tratan con personas...? O, por contra, ¿debemos educar para formar seres humanos completos y equilibrados, responsables y sensibles, exigentes pero solidarios, que emplean su trabajo para su realización personal y la de los demás, para generar bienestar y felicidad y no simplemente dinero y poder? ¿En qué hay que educar, en repetir los «patrones conductuales» vigentes, o en atisbar otros nuevos, más imaginativos y justos, más difíciles de conseguir, pero totalmente necesarios para llegar al reino de la racionalidad y la libertad, el reino del espíritu. Ésa es la cuestión de fondo que debemos resolver los educadores para saber adónde nos queremos dirigir.

Neil Postman pone el dedo en la llaga al recordar que «la mayoría de los debates que en nuestra sociedad se abren en torno a la educación giran casi siempre alrededor de los medios (estrategias, diseños curriculares, didácticas, audiovisuales, ordenadores...), pero muy pocas veces en torno a los fines fundamentales: ¿Para qué educar? ¿Qué tipo de persona queremos formar? ¿Qué clase de sociedad queremos construir? En definitiva, la sociedad se olvida de tratar de los temas que entran de lleno en el campo de la Filosofía de la Educación, materia que, por cierto, debería ser fundamental en la preparación académica de los futuros maestros y profesores y que muchas veces, tristemente, brilla por su ausencia en los actuales planes de estudio de aquellos educadores en formación.

Por supuesto que los medios, los instrumentos, las didácticas son importantes (nadie lo niega, lo hemos dicho nosotros y habrá que tenerlo muy en cuenta en la futura selección del profesorado), pero lo esencial en la función educadora es tener claros los fundamentos que nos sostienen, y las metas y fines a donde nos dirigimos con decisión ética, con ilusión renovada, poniendo la mente y el corazón en esa bella aventura diaria que consiste ni más ni menos que «en poner en contacto dos almas, dos espíritus», la del maestro y la del discípulo, como siempre lo han hecho los grandes maestros, desde Sócrates hasta nuestros días.

*Ya finalizamos.* El incitante panorama está ante nuestros ojos. Se trata de llevar a cabo una gran revolución educativa: Forjar otro tipo de sociedad, otro tipo de hombre. Ni más ni menos. Hacen falta altos ideales y una gran energía mental y espiritual en todos nosotros para emprender la marcha.

Es preciso sostener el esfuerzo, superar desfallecimientos y coronar el proyecto. Quizá, como expresamos anteriormente, es una empresa quijotesca y arriesgada en un mundo «sanchopancesco» y alicorto, pero merece la pena ir en busca de la estrella que está sobre el sepulcro de Don Quijote.

Debemos legar a las futuras generaciones, a nuestros hijos y alumnos, una herencia de esperanza: Un planeta en el que todos los seres humanos puedan, por fin, *vivir como personas*, con lo que esto implica de derechos y deberes, de posibilidades y exigencias, de conquistas y desafíos.

Mantener encendida la antorcha de la educación puede llegar a quemarnos la mano, pero, aun así, debemos mantenerla arriba, enhiesta, señalando la estrella, sin titubear, siempre erguidos, siempre en marcha, porque de nuestra preparación, de nuestra entrega, de nuestra valentía ética dependen en gran parte el destino de la Humanidad, los derroteros de la Historia.